

CAPITULO XIX.

El cacique de Cozumel.—Buen trato que da á Cortés.—Se continúa el viaje. Los españoles recalán á Isla Mujeres.—Siguen luego para Cabo Catoche.—El buque de Juan de Escalante empieza á hacer agua.—Retroceso á Cozumel.—Permanecen allí varios días reparando el buque averiado. Feliz encuentro con Jerónimo de Aguilar.

Al día siguiente, todo el campamento se pobló de indios visitantes, y el mismo cacique vino trayendo presentes de gallinas, pan de maíz, miel y frutas. El trato que de Cortés recibieron fué tan afable que todos se sintieron contentos, y permanecieron en el real con toda franqueza y gusto, como si en su propia casa estuvieran. Hicieron grande amistad con los españoles, y no sólo se entretuvieron con ellos en familiares comunicaciones, sino que les sirvieron provechosamente abasteciéndolos de miel y cera, de pan, pescado, frutas y caza esquisita. Horas enteras se pasaban los indios recreándose ya con las armaduras, ya con los vestidos, ora con los buques, y sobre todo con los caballos, que Cortés había hecho desembarcar con doble intención, tanto para infundir temor á los indios con aquellos animales nunca vistos, cuanto para repastarlos, pues con la travesía y tempestad habían padecido algo: venian fatigados, y bueno era que se refocilasen en las hermosas praderas de que la isla abundaba.

El cacique de Cozumel era joven, gallardo de cuerpo, y de bellas y varoniles facciones: agradable en la conversación, gentil en el gesto, obsequioso y servicial, reunía en sí un conjunto de prendas que le hacían simpático.¹ Se atrajo, pues, á Cortés, y éste se complacía en conversar con él por medio de su intérprete. En una de estas pláticas amistosas y sencillas, el joven cacique le contó que no léjos de allí, en la vecina costa de Yucatán, había cautivos algunos hombres que debían ser de su propio país, atendida la semejanza del rostro que entre él y ellos se distinguía. Picada la curiosidad de Cortés, se propuso averiguar quienes podrían ser aquellos desgraciados, y, tomando todos los datos que pudo conseguir, llamó á Diego de Ordáz, y le ordenó que se aprestase á partir á una comisión del servicio, pasando á la costa fronteriza en solicitud de varios cautivos españoles que se decía existían en el interior del país. Embarcó veinte ballesteros en los buques, y con ellos varios indios que debían servir de intermediarios para alcanzar la redención de los cautivos, proveyéndolos, con tal fin, de gran cantidad de cuentas de vidrio de diversos colores, camisas y otras bujerías: dióles, además, una carta que debían entregar á los cautivos, y en la cual los instaba á volver á su patria.

Ordaz recibió instrucciones de pegar á la costa oriental de Yucatán, desembarcar á los mensajeros, y esperar su vuelta ocho días. Cumplió exactamente Ordaz; pero, pasada la semana de espera sin que pareciesen mensajeros ni cautivos, se volvió á Co-

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 459.

zumel á dar cuenta del mal éxito de su expedición.

Tan malas nuevas apesadumbraron á Cortés, porque había alimentado la ilusión de librar del cautiverio á paisanos suyos, que, á su juicio, anhelarían por ver de nuevo el suelo de la patria. Sospechaba además que había comprometido la vida de aquellos desgraciados mensajeros, que al principio tanto miedo tuvieron de ir á Yucatán por temor de que los matasen, considerándolos como espías, y que él había reducido á fuerza de halagos y dádivas: le consolaba únicamente el pensamiento de la buena intención que le había guiado en la diligencia hecha para salvar á sus compatriotas. Hubiera todavía querido esperar algunos días más, pero lo infructuoso del paso dado le inclinaba á creer que no debía perder más tiempo en esperas que carecían de fundamento racional. Por otra parte, la inacción no podía convenir á su pequeña hueste, porque los navíos estaban ya reparados de sus averías, las provisiones se iban consumiendo, y todos esperaban con ansia la hora de partir para las maravillosas tierras, que, al pensar de los soldados, eran nunca vistas, ni traídas á la memoria de mucho tiempo atrás.

Cortés dió las órdenes de marcha: se embarcaron los caballos y la tropa, y, despidiéndose cordialmente de los habitantes de Cozumel, se hicieron á la vela con dirección á la costa de tierra firme, llevando como punto de mirá el Cabo Catoche; mas los vientos, por la poca práctica de los lugares, hicieron que recalasen á Isla Mujeres.¹ Desembarcó

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 460.

allí, oyó misa en tierra con su ejército, y luego se volvió á embarcar con intención de doblar el Cabo Catoche.

Caminaban todos los buques en conserva, cuando desde uno de ellos se oyó la detonación de alarma de un cañón. Sobrecogidos quedaron de sorpresa y de terror, no acertando á imaginar qué clase de peligro anunciaba aquel cañonazo. Se distinguía el navío que lo había tirado, y era indudablemente el de Juan de Escalante: esta circunstancia aumentaba la angustia, porque este buque llevaba los bastimentos tan necesarios para toda la gente de la expedición. Acudieron de prisa á socorrerle, y especialmente Cortés, quien apenas llegó hasta ponerse al habla con Escalante, notó aun antes de que se lo dijeran, que el buque estaba haciendo agua y exigía pronta y eficaz reparación. Con la rapidez en resolver que le caracterizó siempre, Cortés comprendió que no había qué hacer sino volverse á Cozumel y allí reparar el barco, y, sin titubear, así lo resolvió. Hizo poner la señal de retroceder á Cozumel, y, con ella, todos los buques volvieron sobre sus pasos, y anclaron el mismo día en el puerto de San Juan de Cozumel.¹

Con grande alborozo fueron recibidos por los indios, que no los esperaban tan pronto de vuelta; y, al saber el motivo de la recalada, mostrando sentimientos de amistad sincera, se pusieron á ayudar eficazmente á componer el buque, el cual, con tan oportunos auxilios, muy en breve quedó en estado de ponerse de nuevo en camino; pero, aunque Cor-

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 23.

tés quiso desde luego continuar el viaje, no pudo, porque vino una turbonada y se lo impidió.

Parecía que todas estas demoras estaban destinadas para salvar al desgraciado Jerónimo de Aguilar, uno de aquellos españoles que se hallaban en cautiverio en Yucatán, porque, pasada ya la turbonada, y listo para despedirse, en la siesta, cuando Cortés comía á bordo de su carabela, le anunciaron que se distinguía á lo lejos, por el lado del poniente, un punto blanco que parecía ser una embarcación de menor porte. Un buque viniendo de aquellas soledades era un acontecimiento para los españoles, que naturalmente fijaron todos la vista en el lado del horizonte por donde acababa de descubrirse: Cortés mismo se sentía aguijoneado de la curiosidad. La indecisión fué empero cesando por momentos; el buque se diseñaba perfectamente: era una canoa, y en ella venían cuatro individuos. El timonel dirigía con seguridad la barca rumbo á la isla, y era visible el propósito que los tripulantes tenían de desembarcar en la playa de Cozumel. ¿Eran acaso los mensajeros enviados en busca de Aguilar? ¿Era, por fortuna, el mismo Aguilar, salido del cautiverio? Pero no, no era esto posible: la tez cobriza de los tripulantes del buque no permitía tal suposición. Cortés, sin embargo, quería salir de la duda, y así, sin perder tiempo, ordenó á Andrés de Tapia que, tomando algunos soldados, bajase á la costa y se escondiese entre la maleza, por el lado por donde parecía iban á desembarcar, para que, al pisar tierra, cogidos inopinadamente, los hiciese prisioneros y se los trajese.

Tapia cumplió su comisión á las mil maravi-

llas: fué y se escondió entre los matorrales y médanos de la playa, y así, en euclillas y con ojo avizor, permaneció hasta que los cuatro individuos de la canoa echaron confiados pié á tierra en una rincónada de la costa. Los cuatro hombres estaban en cueros, y apenas llevaban por decencia cierto cinturón con pampanilla, que por ambos lados colgaba: los cuatro de color bronceado oscuro; todos con largos cabellos; y sólo uno entre ellos se distinguía por la luenga barba que llevaba, y en la cual se notaban ya algunas canas. Ni aun siquiera habían pensado los viajeros qué camino tomar, cuando de improviso se vieron cercados por Tapia y su partida. Tres de ellos hicieron ademán de emprender la fuga atemorizados, casi despavoridos, para alcanzar su canoa; pero el de la larga barba con aire sereno, con emoción no escondida, los tranquilizó, y volviéndose á los españoles, con acento conmovido les dijo: Señores, ¿sois cristianos? Ellos respondieron: cristianos somos. Pintar la emoción de unos y otros en este encuentro, no es fácil con la pluma; la imaginación sola puede adivinar algo de lo que pasó en el alma de Jerónimo de Aguilar al oír por primera vez, después de tantos años de cautiverio, modular el habla castellana por amigos, por paisanos, por hombres de su misma raza, religión y costumbres, que iban á darle pronto noticias de la patria, del hogar, de todo lo que le era más caro en la vida, y cuyo recuerdo no se borraba de su memoria. Al oír pronunciar palabras castellanas, la agitación del ánimo le dejó mudo. Cayó en silencio de rodillas, y, en tanto que gruesas lágrimas de júbilo y de gratitud corrían por sus mejillas surcadas ya por algu-

nas arrugas, llevando los ojos al cielo, juntas las manos al pecho, daba gracias á Dios con un mudo, pero inefable lenguaje. Al fin veía colmadas sus esperanzas de volver á ver el cielo de la patria, por la cual tantos años había gemido.¹

No fué menor el sobrecogimiento de Tapia y sus compañeros: atónitos contemplaron la oración del cautivo, y, acabada, Tapia, con estremecimiento de gozo y fraternidad le dió la mano, le levantó y le estrechó con efusión entre sus brazos. Lo mismo hicieron los demás soldados; y, presa todos del deseo vehemente de comunicar la fausta nueva á Cortés y á sus demás compañeros, corrieron alborozados llevando á Jerónimo de Aguilar á donde Cortés los esperaba.

Desde que los vieron venir, muchos se adelantaron, y á voces preguntaban quiénes eran los viajeros de la canoa, y si daban noticia de los españoles cautivos en Yucatán. Y cuando Tapia les respondía que con él venía uno de los cautivos, no le creían y lo tomaban á broma, porque no encontraban diferencia entre Jerónimo de Aguilar y los indios. En efecto, ¿quién hubiera sido capaz de reconocer al clérigo Jerónimo de Aguilar con aquella figura? Venía pelado á punta de tijera, á la usanza de los esclavos mayas; el color moreno natural se había oscurecido aun más con el ardor del clima y lo duro de los trabajos; y no llevaba más vestido que un antiguo braguero que le servía de pampanilla: sin el habla castellana, el breviarío

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 460.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 23.—Gomara, op. cit. pág. 303.—Herrera, *Decada* II, pág. 98.

que fielmente conservaba envuelto en raída y sucia manta, y la barba larga y poblada, nadie le hubiera distinguido de los indios. Todos se holgaron de verle, de abrazarle, y de agasajarle, y, más que nadie, Cortés, quien al sentimiento natural de simpatía nacido del paisanaje, unía el gozo por la oportunidad del hallazgo para sus ulteriores planes. Contaba ya con otro intérprete, y más seguro que el indio Melchor: lo recibió con gran alegría, y se hizo contar menudamente la narración del naufragio y cautiverio que Aguilar se prestó á hacer con naturalidad y sencillez.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO